

Dios, el buen Dios en la noche oscura

Job 23,1-9.16-17; Salmo 22,1-15; Hebreos 4,12-16; Marcos 10,17-31

Los textos de hoy no dejan indiferentes a nadie. Reflejan situaciones complejas, de angustia profunda y de preguntas sin respuesta. Es la esperanza de la persona que busca un atisbo de luz en medio de la noche y la oscuridad de la noche se hace, si cabe, más densa aún.

La selección de los cuatro textos de hoy tiene algo así como una progresión lógica que espero haber recogido correctamente en lo que quiero transmitir.

Así, el texto de Job 23 nos habla de la experiencia del que lo ha perdido todo y dirige un apasionado lamento hacia Dios, aquel que lo sabe todo y que sin embargo deja que la persona sufra. Job busca, pero se desespera porque no halla, no experimenta la liberación de Dios. Refleja la experiencia de aquel que se encuentra en el camino del sufrimiento y no ve la salida.

La experiencia de Job es la experiencia de muchos. Ante la fatalidad del sufrimiento, la pérdida, surgen las preguntas acerca de la justicia y la bondad de Dios: Si Dios es bueno, ¿cómo puede permitir...? Job es, ante todo, un personaje honesto, quien no esconde su frustración. No se trata de ver si todas estas calamidades le ocurren porque es justo o injusto -el propio libro confirma que quienes así piensan están equivocados- sino de algo más profundo: la inigualable experiencia de Dios.

La lectura del leccionario se ha saltado los versos 10-15, donde Job deja entrever que, a pesar de todo, quiere confiar en Dios y piensa que no le ha sobrevenido este sufrimiento por cuestiones relacionadas con una infidelidad de su parte hacia Dios:

¹⁰ Sin embargo, él conoce el camino en que ando; cuando él me haya probado, saldré como oro. ¹¹ Mis pies han seguido fielmente sus huellas; he guardado su camino y no me he apartado. ¹² No me he apartado del mandamiento de sus labios; en mi seno he guardado los dichos de su boca. ¹³ Pero él es Único; ¿quién le hará desistir? Lo que su alma desea, él lo hace. ¹⁴ Ciertamente él completará lo que ha determinado acerca de mí, y tiene en mente muchas cosas semejantes. ¹⁵ Por lo cual yo me turbo en su presencia; lo considero, y tengo miedo de él.

Desconozco las razones por las que se ha dejado esta sección de lado. Me parece a mí que se puede haber caído en el error de pensar que *la queja ante Dios no puede darse al mismo tiempo que expresamos una confianza implícita en él*. No son elementos necesariamente antitéticos, sino que pueden darse al mismo tiempo o uno tras otro. Es la paradoja de la existencia humana. **Es porque creemos que Dios es bueno que ele-**

vamos la queja. Después de todo, ¿qué se podría esperar de una divinidad malvada, caprichosa?

Pero hay razones más pedestres. La confianza implícita en Dios no significa que el dolor no duela o que el desamparo no se experimente de forma muy real. El silencio de Dios puede en ocasiones convertirse en el elemento más desconcertante de esta relación para la persona creyente.

En su obra *El hereje*, el vallisoletano Miguel Delibes nos cuenta la historia de Cipriano Salcedo, un pequeño hombre que abraza la fe protestante en medio de la intolerancia religiosa de la España del s. XVI. Ya al final de la obra, este hombre que ha sufrido abundantes penalidades a causa de su fidelidad al evangelio, es conducido a la hoguera por el Santo Oficio. En medio de una gran presión a que apostate de la falsa doctrina a favor de la iglesia de Roma, Salcedo lucha en su interior por ser fiel a la fe que ha abrazado, mientras la turba le increpa,

Mentalmente pedía a Nuestro Señor una pequeña ayuda: una palabra, un gesto, un ademán. Pero Nuestro Señor permanecía en silencio y, al mostrarse mudo, estaba respetando su libertad ... Entonces ¿no valía nada de lo andado? Oh, Señor –se dijo acongojado–, dame una señal. Le atribulaba el prolongado silencio de Dios, la taxativa limitación de su cerebro, la terrible necesidad de tener que decidir por sí mismo, solo, la vital cuestión¹.

Esta es, en cierta forma, la situación que atraviesa el orante del Salmo 22. Nos muestra a la persona en camino expresando su lamento (vv. 1-2), pero recordando además la fidelidad de Dios con su nación en el pasado. Dolor y confianza en Dios pueden ir de la mano, son parte de la misma experiencia del creyente. No se puede negar la realidad de lo que se experimenta, y al mismo tiempo se desea salir de ello pues se sabe que Dios, quien al presente parece ausente, es un Dios bueno.

El orante, quien quizás ha tomado el salmo de mano del sacerdote y lo lee en el templo, se identifica plena o parcialmente con el salmista. No es sólo la experiencia del desamparo de Dios lo que duele, es también el que a los que se supone hermanos y hermanas se burlen de su situación como si se tratara de haber dado un paso en falso. ¡Bastante tiene con intentar vivir esta situación como para ser atacado por los cercanos! (vv. 6-8). Temor y confianza se dan a partes iguales: «Desde el vientre de mi madre, tú eres mi Dios. No te alejes de mí, porque la angustia está cerca; porque no hay quien ayude» (v. 10b-11).

El deseo del orante en último término es «anunciar el nombre de Dios en la gran congregación» (v. 22), quién sabe si este deseo se cumple ya mismo en el acto de orar con el salmo o una vez que haya pasado victoriosamente por la prueba y el orante

¹ Miguel Delibes, *El hereje*. (Barcelona: Ediciones Destino, 1998), p. 488.

vuelva al templo para expresar su gratitud en público. Ser honestos con Dios cuando nos duele su desamparo es parte de anunciar que *Dios es bueno*. Lamentación y confianza no son experiencias antitéticas, sino que se dan en una misma persona en momentos muy particulares. No es extraño que Jesús, bajo el peso de la cruz, se acordara de este salmo en su hora más amarga.

El texto de Hebreos 4 no es un alegato a favor de la Biblia, como se suele interpretar a menudo, sino acerca de la capacidad de Dios de leer lo más profundo del alma y espíritu humanos y de identificarse con nosotros. Hebreos relata cómo Dios habló con su pueblo en el pasado y cómo éste desobedeció, no entrando en el reposo que Dios tenía para ellos. Se trata ahora de una comunidad que sufre y que quizás cree que el precio es alto y se está pensando si todo esto merece la pena. La palabra de Hebreos 4,12-16 es tanto palabra de advertencia como de ánimo. Dios les conoce en lo más recóndito de su ser, y a la vez viene a su lado porque les entiende, se acuerda de que no son otra cosa que polvo (Sal 103,14).

Acerquémonos, pues, con confianza al trono de la gracia para que alcancemos misericordia y hallemos gracia para el oportuno socorro. (Heb 4,16)

Concluimos con el texto de Marcos 10,17-31, conocido como la perícopa del hombre rico. La narrativa es rica en detalles, pero vamos a centrarnos en ella a grandes rasgos a medida que vayamos progresando en el texto.

Jesús está de camino (v. 17; la nueva sección con v. 32 inaugura una nueva etapa del viaje con referencia al «camino», metáfora del seguimiento en Marcos), y se le acerca uno quien, hincando rodilla en tierra, le llama «maestro bueno» (v. 17). Tiene una pregunta práctica que no duda en exponer delante de Jesús en público: «¿Qué debo hacer para heredar la vida eterna?» Llama la atención que Jesús no responde directamente a la pregunta, sino que le replica acerca de llamarle «bueno». Después de todo, sólo Dios es bueno.

Jesús comienza por lo básico. Si el hombre le pregunta por cómo heredar la vida eterna, lo cual se prometía a los judíos justos con la resurrección; se supone que una forma adecuada de responderle es con el cumplimiento de la ley. Eso, según el hombre que ahora sólo llama «maestro» a Jesús, es algo que lleva haciendo desde que tiene memoria. Yo creo que el hombre es honesto, no busca alardear delante de Jesús y del público presente. Así lo experimenta y así lo dice al maestro.

Al que todo parece irle bien, el *buen* maestro llama a una experiencia más profunda, donde va a sentir en sus carnes un proceso doloroso de pérdida, en este caso de lo que más anhela. Afirmando que el maestro es bueno por dos detalles. Dice el evangelista que Jesús *mira* al hombre (es decir, ya no es un hombre cualquiera de la multitud) y le *ama* (v. 21). Este hombre honesto ya ha recorrido una parte del camino, pero el

amor del buen maestro por él quiere llevarle más allá. Con ello Jesús no le acusa de ser moralmente imperfecto, pero sí le quiere hacer ver que *una cosa le falta*:

Anda, vende todo lo que tienes y dalo a los pobres; y tendrás tesoro en el cielo. Y ven; sígueme, [tomando tu cruz]². (Mr 10,21)

Marcos comenta que ante tal palabra el hombre se aleja triste: tenía muchas posesiones. Se aleja de Jesús y del Reinado de Dios. Ha sopesado el coste y no está dispuesto a renunciar a lo máspreciado para él. Al final como nos muestra el evangelio, se trata de una cuestión de confianza.

La respuesta de Jesús cambia de un plumazo nuestra visión de las cosas. Hasta ahora hemos estado observando la problemática del desamparo y del sufrimiento desde un punto de vista ineludible: el nuestro, es decir, desde el plano de los seres humanos. Si en los tres textos anteriores llevan la palabra el orante, Job y el autor de la carta a los Hebreos, ahora Marcos nos hace cambiar de perspectiva. *Ahora habla Jesús, heraldo del Reinado de Dios, Hijo de Dios*. Si el ser humano es quien interpela a Dios antes su ausencia, con el texto de Marcos cerramos este círculo lógico. Ahora quien nos habla es Dios, a la manera en que lo hace al final del libro de Job. Dios interpela y el hombre escucha, sólo que en el evangelio de Marcos se demanda una respuesta a la palabra de Dios en Jesús.

Sí, el enfoque no reposa ya en nuestro lamento y en el silencio de Dios, sino que Dios -por medio de Jesús- demanda que seamos nosotros quienes rompamos nuestro silencio y contestemos a una pregunta sencilla pero llena de implicaciones para el resto de nuestra vida: *¿vamos a desamparar a Dios o vamos a confiar en el Dios bueno a pesar de que a veces nos parece ausente en este complejo camino que nos llama a transitar?*

En nuestra búsqueda por salir del atolladero, de escapar del sufrimiento, nos damos cuenta de que el sufrimiento, el silencio de Dios, se convierte en *locus* de la revelación divina. El Dios quien todo lo puede nos dice que incluso el sufrimiento, esas situaciones específicas en nuestra vida que tanto suelen condicionar nuestra confianza en Dios, lo redime y convierte en parte del proceso por el cual Dios nos salva de nosotros mismos y nos otorga un tesoro en los cielos. Por así decirlo, las dificultades son parte de un todo que es el discipulado cristiano (v. 30) junto a la promesa de la bendición de Dios. Pero, para comprender y vivir esto en la práctica ¿quién es suficiente?

² Ni Mateo ni Lucas contienen esta expresión entre paréntesis que el *GNT4* ha colocado sólo en su aparato crítico. La RV de 1960 la incluía, aunque se ha eliminado en su revisión de 1989. Esta posibilidad, sin embargo, es interesante desde un punto de vista exegético, ya que refuerza el tema del sufrimiento como seña de identidad del discipulado cristiano (cf. Mr 10,30).

Como bien indica el texto, para las personas esto es imposible, pero frente a la imposibilidad humana nos encontramos con el Dios bueno, para quien todo es posible (v. 27).

¡A él, al Dios bueno, sea la gloria en toda situación!

Sergio Rosell
SEUT, CAPILLA 7 OCTUBRE 2009